



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El maestro Leopoldo Zea

Autor: Aínsa, Fernando

Forma sugerida de citar: Aínsa, F. (1992). El maestro Leopoldo Zea. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 264-267.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL MAESTRO LEOPOLDO ZEA*

Por *Fernando AINSA*
UNESCO

EN MÉXICO LA PALABRA "maestro" tiene todavía la acepción del pensamiento clásico: Maestro, el hombre que influye y forma, el que guía y orienta; un ser cuya sabiduría no se limita al mero conocimiento libresco o a las clases impartidas en una aula escolar o universitaria; en resumen, el que funda "una escuela", tiene discípulos y entusiastas seguidores.

Si maestros son también en México, en el noble sentido de la palabra, los miles de instructores y pedagogos que trabajan en forma anónima en escuelas urbanas y rurales del país, luchando con dificultades de todo tipo, los Maestros en la acepción clásica son, en realidad, muy pocos, porque no es Maestro quien quiere, sino quien puede. El título de Maestro no se adquiere en un instituto normal; es el resultado de una trayectoria y una obra personal, capaz de irradiar influencias y generar el reconocimiento colectivo. Tal es el caso de Leopoldo Zea.

En México y en América Latina Zea es un maestro, "el" indiscutido maestro de la historia de las ideas y del pensamiento latinoamericano contemporáneo. Un Maestro cuyo nombre se pronuncia no sólo con el respeto que da su obra (más de cincuenta libros publicados en casi sesenta años de actividad ininterrumpida), sino con el afecto de cientos de discípulos y colegas del mundo entero que han aprendido con él a conocer, definir y pensar la "identidad" americana como original y propia y, sobre todo, a ver la realidad del resto del mundo —incluida la europea— desde una perspectiva "excéntrica", la que da la "marginación" en que está voluntariamente instalado su discurso.

*Prefacio al *Discours d'outré barbarie*, ed. cit.

Pero más allá del valor de su pensamiento —que algunos no vacilan en calificar de verdadero “sistema”— Zea es llamado afectuosa y respetuosamente Maestro por su condición de “difusor” y “federador” de hombres e ideas. Los esfuerzos naturalmente dispersos de los filósofos y pensadores se encuentran, gracias a su acción incansable, alrededor de revistas y asociaciones, en reuniones y congresos que promueve y organiza sin interrupción, en polémicas y debates que alimenta en las propias tribunas que dirige, en antologías y en libros colectivos que coordina con envidiable fe y entusiasmo.

En realidad, hace años que Zea podría haberse instalado confortablemente en su indiscutido magisterio. Sin embargo, no lo ha hecho, pese a que nada es más fácil para un filósofo —por muy brillantes que sean sus ideas— que refugiarse en su propia hermenéutica y en los conceptos teóricos y abstractos de su disciplina, haciendo de la lógica un fin en sí mismo y no un simple instrumento de trabajo.

Por el contrario, nada es más difícil para un pensador que descender a la arena de los acontecimientos cotidianos, vivir la historia circunstancial con sus inevitables riesgos, exigencias y compromisos. Nada es más difícil que sortear los arquetipos, modelos y opciones, cuando no estereotipos o caricaturas de la verdad que se tienden a su paso. Nada es más difícil —finalmente— que evitar dilemas de falsa oposición y mantener la independencia de ideas, sin dejar por ello de ser un hombre de su tiempo.

La obra y la acción consecuente de Zea van justamente en la dirección de estas dificultades: un filosofar enraizado, un pensar organizado desde su circunstancia para los hombres de su mundo y de su época. En efecto, Zea empieza desde su temprana juventud a hablar de “conciencia” y “toma de conciencia” de la propia realidad. Elabora luego las bases de una reflexión sobre la “identidad” y la “originalidad” latinoamericana, sin olvidar en ningún caso —incluso cuando habla de “compromiso”— el fundamento moral que debe tener toda reflexión filosófica. Porque en su pensamiento reivindica, más allá de la historia en que deliberadamente se sitúa, el sustrato ético indispensable que debe siempre tener una filosofía “aplicada”.

La obra de Zea, que busca crear una conciencia americana, también nos recuerda que tener conciencia es “saber en común” y, por lo tanto, es también participación y “convivencia”. El filósofo mexicano es consciente que, por sobre todas las cosas, hay que encontrar formas de “convivencia sin menoscabo de la persona”. Por

eso nos dirá que el hombre tiene la obligación —y no el simple derecho— de ser libre, lo que implica la obligación de “ser responsable”, pero con una responsabilidad asumida libremente y nunca impuesta. Por ello, además, aunque es hombre de ideas, no sucumbe a la trampa de las ideologías.

En la perspectiva asumida por Zea, su filosofía de la historia pone en evidencia relaciones de “dependencia”. América Latina está “dominada” y, por lo tanto, no tiene la suficiente libertad para ser cabalmente responsable de su propio destino. Zea toma conciencia de esta dependencia desde una perspectiva primero nacional (mexicana), luego continental (latinoamericana) y, finalmente, como perteneciente al “Tercer Mundo”. Por ello desconfía de los esquemas “civilizadores” europeos y propone vías de “emancipación” y “liberación” propias.

Una emancipación que debe empezar por un mejor conocer su historia, evitando los fáciles comodines de la tradición y el nacionalismo en que se refugian otras formas del pensamiento americano, aislacionismo tan contraproducente como la indiferenciada apertura a todo tipo de influencias y modelos. De ahí la compleja intersección del pensamiento de Zea, que oscila entre la liberación —como aspiración y lucha por la libertad— y la responsabilidad de un obrar que no debe afectar nunca la libertad de los otros. “Ni dominador ni dominado”, nos dirá en sustancia, rechazando los esquemas de simple inversión propuestos por muchas revoluciones: hacer de los dominados de hoy los dominadores de mañana. Tampoco propondrá un “modelo de libertad” determinado, porque aceptar un modelo es aceptar una subordinación.

En todo caso, la filosofía, tal como la concibe Zea, no da respuestas universales, abstractas o intemporales a estas preocupaciones, porque todo filosofar ha sido siempre un proponer interpretaciones y soluciones para un momento y para unos problemas dados.

Por eso, para Zea, la filosofía americana no puede ser otra que aquella capaz de “resolver el problema de los destinos americanos”, aunque no por ello deba definirse como una filosofía de signo nacional o regional. Ni Sócrates ni Platón afirmaron nunca estar haciendo “filosofía griega” y, menos aún, “filosofía universal”. Estos filósofos, como luego otros en la Edad Media o en la Edad Moderna, pensaron en un momento dado de la historia y lo hicieron desde una sociedad y un punto determinado —nos recuerda Zea en muchas de sus obras—, confluencia histórica, social y geográfica a partir de la cual se desplegó un sistema de pensamiento que, sin ser

explícitamente griego, alemán o universal, dio respuestas válidas al hombre de su tiempo, muchas de las cuales nos sirven todavía hoy.

Respuestas para sí mismo y para los demás, puntos de vista cuya "marginalidad" —en el caso del pensamiento americano— es reivindicada como un privilegio por Zea, un pensador y un filósofo que, desde la "barbarie" y la "marginalidad" del continente, reivindica el derecho de hablar y escribir no sólo sobre su propia realidad, sino también sobre la del resto del mundo.

Éste es, justamente, el eje a partir del cual se estructura el *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Un discurso que deliberadamente se instala fuera del "centro" que ha calificado y decidido siempre lo que es "civilización" y lo que es "barbarie". Por ello, asume el "lenguaje" de la periferia fronteriza para hablarnos de otros países que fueron también "marginales" en la propia Europa: Inglaterra, la Península Ibérica y Rusia, países "bárbaros" en la concepción del pensamiento histórico griego y que fueron luego incorporados a la civilización cristiana, como lo sería posteriormente América en relación a la propia civilización "euro-centrista" que la "descubrió" y dominó con el poder del "logos", como metafóricamente recuerda Próspero a Calibán en *La tempestad* de Shakespeare.

Obra de plenitud personal y sólidamente instalada en las grandes categorías de la historiografía, la filosofía y aun de la literatura, *Discurso desde la marginación y la barbarie* es un ejemplo de cómo pensar y escribir sobre Europa y Occidente sin que esto sea un privilegio exclusivo de los nativos de estas latitudes. Un "mexicano universal" como Leopoldo Zea, como antes lo fuera Alfonso Reyes, no sólo tiene el derecho de hacerlo, sino que lo hace con la originalidad que da siempre la mirada de "otro" sobre uno mismo, como sólo puede hacerlo, en realidad, un Maestro.

Traducción de Jorge Padín Videla